

La mujer en la historia de la tuberculosis

Hasta épocas recientes la historia de la tuberculosis, en lo que se refiere a descubrimientos, iniciativas y nombres propios, ha sido una historia fundamentalmente masculina. Sin embargo, a lo largo de todo éste proceso la mujer ha sufrido lo mismo que el hombre y ha participado con él, aunque quizá de manera menos visible, en la lucha contra esta cruel enfermedad.

Las causas de esta aparente paradoja son diversas. Cuando se analiza la abundante iconografía impresa durante el siglo XIX y primera mitad del XX (cárteles, anuncios y mensajes de propaganda e información ciudadana) es fácil darse cuenta que los ilustradores, al identificar de manera más o menos inconsciente al bacilo de Koch con un peligroso depredador, le otorgan al hombre la función de enfrentamiento directo y ataque, mientras que la mujer, ya sea en su papel de madre o de enfermera, debe ocuparse de la protección y cuidado de los hijos, de los enfermos y de los más débiles. Pura y simple biología que nos explica, en parte, el hecho de que durante mucho tiempo se potenciasen de manera distinta las supuestas virtudes y capacidades complementarias masculinas y femeninas con el fin último de proteger la especie. A la cabeza de ellas la abnegación en el cuidado de los hijos, del esposo, o del compañero enfermo. Abnegación que tendría su máximo exponente en un curioso procedimiento terapéutico utilizado durante siglos: La lactancia del tuberculoso con leche de mujer, cuyo único efecto fue que muchas de ellas se contagiaron y murieron tísicas.

Cuando la tuberculosis afecta a la mujer, históricamente el fenómeno se repite, puesto que ante todo ha de demostrar una mayor entereza y resignación ¿Acaso no se dice continuamente que ellas son más fuertes y están mejor dotadas para soportar el sufrimiento? De esta manera, escritores y pintores de todas épocas las han representado en sus obras, en las que además destaca el hecho de que, en general, la enferma es asistida y cuidada por otras mujeres. No es que el hombre en su papel

de padre, esposo o amante no participe o no padezca, sino que debe hacerlo de forma menos evidente, en un segundo plano, por esa errónea obligación adjudicada a los varones de no mostrar los sentimientos.

Otro interesante aspecto diferencial es el que hace referencia a la tuberculosis y la sexualidad. Desde tiempos inmemoriales se recomendaba a los tísicos que, si querían curarse, se abstuvieran de los placeres de Venus, pero ningún comentario similar para las tísicas. Parece ser que los excesos sólo afectarían a los hombres. Para las mujeres lo verdaderamente letal era la el vicio, la prostitución y así quedó reflejado en conocidas obras de la literatura, como por ejemplo en la Dama de las Camelias, cuando la realidad es que la promiscuidad, la marginación y las deficientes condiciones higiénicas en que se ven obligadas en muchas ocasiones a desenvolverse son el verdadero caldo de cultivo para la tuberculosis.

La integración femenina en el mundo sanitario y más concretamente en la lucha contra la tuberculosis no fue fácil. Durante siglos no estuvo bien visto que las mujeres asistieran enfermos fuera del ámbito estrictamente familiar, y mucho menos que estudiaran medicina. El primer paso tuvo lugar mediante la creación de órdenes religiosas de asistencia hospitalaria, en especial las hermanas de la Caridad cuya meritoria labor fue poco a poco absorbida por la enfermería profesional iniciada por Florence Nightingale en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, el camino fue largo y tortuoso, no sólo por los obstáculos legales impuestos por los hombres (las tres primeras licenciadas en Medicina en España en el año 1882, pudieron hacer el examen gracias a un permiso especial del Gobierno) sino también porque las mismas mujeres, incluso las primeras feministas, no tenían muy claro cual había de ser su función. Por ello, todavía en las primeras décadas del siglo XX la participación fundamental de la mujer en la lucha contra la tuberculosis se hacía como damas integrantes de comités femeninos de apoyo benéfico y

recogida de fondos (Cruz Roja, Fiesta de la Flor, etc.).

El auge de los sanatorios y dispensarios antituberculosos entre 1910 y 1940 potenció la formación de enfermeras especializadas que jugaron un importante papel tanto en las labores asistenciales como en las educativas, al adquirir la tuberculosis el rango de enfermedad social. En 1933 se convocaron en España, con veinte años de retraso respecto a otros países desarrollados, las primeras plazas de enfermeras visitadoras. Pero el factor más importante ha sido el avance social de la segunda mitad del siglo XX, con el reconocimiento de los derechos e igual-

dad de la mujer. Gracias a ello, han podido conseguir un creciente protagonismo el terreno político, cultural y científico, que en el tema que nos ocupa posiblemente alcanzó su zenit en 1979 cuando por primera vez una mujer, la Dra. A. Rouillon, fue designada directora ejecutiva de UICTER, el cargo de máxima responsabilidad en la lucha contra la tuberculosis.

Bibliografía

- Canalejas de Farga L. La misión de la mujer en la lucha antituberculosa. III Congreso español de la tuberculosis. San Sebastián. *Soc. Esp. Papelería*. 1914;2:477-82.

- Castillo de Lucas A. La tuberculosis en la poesía española. *Clínica y Laboratorio*. 1951;305:136-43.
- Cortejoso L. *La enfermera en la lucha antituberculosa*. Valladolid: Librería Santarén 1939.
- Holländer E. *La Medicina a través de la pintura*. Barcelona: Ed. Pubul 1962.
- Sauret Valet J. *La tuberculosis a través de la historia*. Madrid: Ed. Rayma 1990.

Jesús Sauret Valet

Servicio de Neumología
Hospital de la Santa Creu i Sant Pau
Barcelona